

pías de lo humano, posean la virtualidad de hacer presente la llamada de los valores. Advierte también que si el fin de la educación es ayudar a las personas a alcanzar la libertad moral, es decir la capacidad efectiva de querer el bien arduo, el educando se animará mucho más fácilmente a buscarlo si lo ve, no en ficciones o buenas palabras, sino en una vida concreta; lo cual vale en primer lugar en relación a la conducta del propio educador.

Vale también añadir el valor de los modelos heroicos propuestos por la gran literatura clásica y la antigua pedagogía que acudía frecuentemente al modelado a través del arte literario, poético y escénico. Esto es porque la educación estética tiene mucho que ver con la educación moral, ya que toda intuición de valores morales va siempre ligada a una percepción estética de los mismos. La verdad, el bien y la belleza comparten una raíz común: el ser, la realidad. De ahí que, siendo distintos, los valores intelectuales, éticos y estéticos tengan mucho que ver entre sí, quizá más de lo que se suele pensar. Si realizamos una proyección de lo que el Autor considera que será la educación moral y cívica durante el siglo que comienza, él mismo advierte que estará principalmente condicionada por el hecho de que los educadores tomemos conciencia o no de lo que significan realmente los valores, y concretamente, que el valor no es lo que valoramos sino aquello que nos hace valiosos al valorarlo.

Terminando este pequeño Tratado de Filosofía de la Educación Cívica nos encontramos con una reflexión de Barrio Maestre en la nos dice: «el afán de tantos por «no imponer nada a nadie» ha llevado a que varias generaciones de jóvenes no hayan tenido oportunidad de oír casi nada serio sobre lo importante». Y no podemos decir más, ya que éste libro trata sobre lo importante.

María Isabel Casiva Gaitán

CONESA, FRANCISCO y NUBIOLA, JAIME: *Filosofía Del Lenguaje*, Barcelona, Herder, 1999, pp. 319.

Estamos en una época de diálogo. Debido al relativismo postmoderno, todo se dialoga, sufrimos de la ausencia de verdad¹. No estoy diciendo que el diálogo es inconveniente, pero hay que entenderlo, saber su lenguaje (y saber

¹ Así los autores describen las posturas del pluralismo y relativismo frente al problema de la verdad: "El pluralismo no relativista sostiene que la búsqueda de la verdad es enriquecedora, porque la verdad es perfeccionamiento. Por el contrario, la posición relativista que afirma que sólo hay diálogo, que sólo hay diversidad de perspectivas radicalmente inconmensurables, no sólo se autorrefuta en la propia formulación, sino que sacrifica la noción de humanidad al negar la capacidad de perfeccionamiento real y de progreso humano. La finalidad del diálogo es la verdad". (p. 159).

utilizarlo). A esto alude este libro: poder comprender mejor cómo se da el lenguaje en el diálogo y en la realidad toda.

Los autores sea han propuesto, y lo lograron, mostrar en forma breve y clara todo el proceso histórico y doctrinal en que se fue gestando esta rama de la filosofía. Pero, a modo de crítica hay que destacar que este pequeño manual le falta una exposición más firme de la postura realista ya que por momentos sólo describen diversas posturas sin tomar partido por ninguna ni mostrar cuál es esa postura realista². Sin embargo, el libro es didáctico, pequeño para el tema que se ocupa, pero no por eso poco profundo. Los autores conocen bien el material con que trabajan, saben de los autores sobre los que hablan y están muy al tanto de las últimas posturas filosóficas; en definitiva, no hay capítulos agregados ni de sobra, lo cual lo enriquece sobremedida.

Conesa y Nubiola se repartieron la autoría de los capítulos, y eso se nota. Se evidencian los intereses de cada uno, pero esto no hace mella a la exposición sistemática del tema, sino simplemente se hacen manifiestas las preferencias por ciertos autores.

El libro está dividido en una introducción y cinco partes. En la introducción nos muestran cómo el lenguaje es propio del ser humano y no podría serlo del animal y después compara la filosofía con otras ciencias del lenguaje. En la primera parte se abocan a la semiótica. En la segunda parte el interés se centra en la semántica, y en la pragmática en la tercera parte. La cuarta parte nos muestra el uso en la hermenéutica y la importancia de ésta. Por último aplican lo expuesto a la religión (y aquí se descubre la mano de Conesa, sacerdote y doctor en Teología).

Los autores sientan el objetivo del libro: "El enfoque que en este libro se propone para la filosofía del lenguaje aboga por una apertura multidisciplinar no sólo a las dimensiones epistemológica y metafísica, sino también a las ciencias más recientes acerca del lenguaje y la comunicación humana" (p. 43).

Podemos ubicar los comienzos de la filosofía del lenguaje a finales del S. XIX, pero cobra auge con la filosofía contemporánea, más precisamente en la década del 30, con el positivismo lógico³ del Círculo de Viena. Desde Wittgenstein a Gadamer, pasando por Frege, Russell y otros autores, hasta llegar a Heidegger y Ricouer (sin dejar de lado a Peirce y su complejísima labor), todos ellos fueron gestando este "cambio de timón" en la dirección que venía navegando la filosofía para centrar así la atención en el lenguaje y que, como parte de la realidad la filosofía no podía dejar de lado.

Es de resaltar cómo ante las diversas posturas acerca de los signos (por ejemplo, Derrida sostiene que todo es signo) remarcan qué tipo de signo es el concepto, transmitido mediante la palabra: "*La palabra es vehículo del con-*

² Aunque también es justo reconocer que Santo Tomás no se abocó específicamente al tema; dedicó tiempo a hablar sobre los nombres divinos, sobre la analogía, etc., pero no de modo sistemático a la filosofía del lenguaje.

³ «Puede decirse incluso que el positivismo lógico aspiró a reducir toda legítima filosofía a filosofía del lenguaje, [...]» (p. 47).

*cepto*⁴. El signo instrumental que es la palabra es vehículo o cuerpo de un signo que ya no es un signo instrumental, sino que con la tradición escolástica puede ser denominado *signo formal*: el concepto. La filosofía clásica lo denomina «formal» para acentuar el hecho de que *sin previa noticia de ello nos lleva al conocimiento de otra cosa.*» (p. 83). Por eso hay que rescatar la postura realista, donde la palabra se refiere a la misma realidad, significada en la expresión, y no a una imagen concebida en la mente (lo que nos encerraría en un inmanentismo); el lenguaje es espejo de la realidad, donde ella se refleja, pero no es para nada un duplicado de la misma, otro objeto «agregado» a la realidad, sino que es el elemento manifestativo de ella. Si los mismo problemas que aparecen en la realidad, se ven en el lenguaje, entonces es posible comprender que el lenguaje manifieste la cosmovisión del mundo que tiene el hablante.

Otra parte destacable es la teoría de Wittgenstein sobre el juego del lenguaje: «Para entender el significado de una palabra no hemos de fijarnos únicamente en su contexto lingüístico sino en uno más amplio, el contexto pragmático de la «vida real». No hemos de entender sólo como usar un término gramaticalmente, sino también en qué situaciones y con qué intenciones es jugado el juego del lenguaje. Nuestro lenguaje está, así, integrado en un modo de vida, y está entrelazado con los patrones más básicos de nuestra conducta cotidiana» (p. 128)⁵. Estos juegos no se dan aisladamente, sino en una comunidad, con lo cual vemos la importancia de ésta para el desarrollo de nuestra actividad lingüística.

En breves páginas (la primer mitad del capítulo 10) resumen con acierto la evolución de la hermenéutica para mostrar el uso que esta ciencia hace del lenguaje: «El lenguaje no es ordinariamente un instrumento del pensamiento, es decir, «lenguaje del hombre» sino «lenguaje de las cosas». *El lenguaje no es un medio al servicio de la conciencia*, un medio para comunicar y transmitir pensamientos sino que *es el «medio en» el que acontece la comprensión y la experiencia del mundo*» (p. 231). Lo que destaca más de qué manera el lenguaje nos atraviesa en nuestra cotidianeidad.

Por todo lo visto debemos denotar cómo siempre interpretamos la realidad desde nuestros preconceptos; preconceptos que mejor podríamos denominarlos, junto con Gadamer, como *precomprensión*.

El creer que uno interactúa con el mundo «pelado», desnudo de todo, está equivocado, esa postura es de un realismo ingenuo; la precomprensión se sitúa históricamente (ya que el hombre mismo es histórico) y está empapada de los propios intereses, conocimientos, etc., con que cada uno se enfrenta al mundo. De esta manera, hay una interpretación lingüística del mundo con la cual siempre prejuzgamos nuestro pensar y conocer posterior.

⁴ Más adelante aclaran esta frase: «La relación entre pensamiento y lenguaje no es extrínseca sino intrínseca. El lenguaje es el vehículo del pensamiento porque lo contiene y lo expresa de modo que propiamente no hay distancia entre pensamiento y lenguaje» (p. 94).

⁵ Así como, para explicar lo anterior: «Para Wittgenstein los juegos de lenguaje, siendo completos en sí mismos, no son algo aislado. La idea de que un juego de lenguaje o forma de vida pudiera estar completamente aislada de los demás no tiene sentido en su pensamiento» (p. 131).

El ser se dice de múltiples manera (sin entrar en la triple distinción), porque la realidad es múltiple, análoga. Como el lenguaje es expresión de la realidad y la realidad es expresión del ser, el lenguaje, por tanto será expresión del ser. De aquí la importancia de una correcta filosofía del lenguaje, que nos permita acercarnos lo más posible al del ser sin invadirlo en su esencia ni querer objetivarlo. Y ese es el propósito que creo que logra este libro (aunque con los reparos ya anotados): mostrar cómo es posible “hablar-pensar” acerca de la realidad sin querer dominarla ni mediatizarla.

Como reflexión final destaco el siguiente párrafo: “Hay, por tanto, una vinculación originaria de lenguaje y pensamiento hasta el punto de que *el mismo pensar es ya lingüístico*. Por ello el lenguaje aparece como preconceptual, es la unidad de hombre y mundo, pensar y ser, previa a toda comprensión. Tanto es así que, desde esta perspectiva ontológica parece ocioso hablar del lenguaje como «expresión» del pensamiento. El lenguaje sigue siendo considerado como «expresión», pero expresión del ser, de la realidad ya que toda la realidad –el mundo- está constituido lingüísticamente” (p. 232).

Fernando Boquete

FAZIO, MARIANO, *Un sentiero nel bosco. Guida al pensiero di Kierkegaard*, Armando Editore, Roma, 2000, pp.144

Es bien conocido que la obra de Sören Kierkegaard no es de fácil sistematización; por el contrario, el pensador danés, en su oposición a las filosofías sistemáticas racionalistas y sobre todo idealistas, escribe como un opositor de éstas. Muchas páginas de Kierkegaard son literariamente considerables y la totalidad de su obra se presenta de ese modo, es decir, como escritos de un pensador que no rechaza la literatura y presenta su pensamiento filosófico de modo no sistemático. De todos modos, no cabe duda de que Kierkegaard es un filósofo, a su manera, y se encuentra en sus obras un pensamiento variado, polifacético, que hay que buscar y entresacar de sus escritos.

El libro de M. Fazio es un tentativo, como se expresa en el subtítulo de la obra, de dar unas pautas fundamentales para entender y orientarse en el pensamiento del danés; tarea que no siempre es fácil y para la que es preciso un conocimiento pormenorizado de sus escritos. Aún así, lo que queda es un pensamiento que, si bien tiene algunos puntos en cierto sentido incontrovertibles, también es verdad que hay en él un núcleo teórico que no se deja reducir a fórmulas y que, al mismo tiempo, tampoco se puede sistematizar de un modo completo. De este modo, el libro que presentamos tiene el mérito de exponer de modo claro, en medio de las dificultades antes señaladas, las principales tesis de Kierkegaard de modo ordenado pero con la conciencia, de parte del A., de que dicho orden es de algún modo relativo. En efecto, como